



19

CELEBRACIÓN DE LA VIDA LOS SACRAMENTOS

OBJETIVOS

- Valorar la celebración de la fe como fuente y meta de la vida cristiana (Sacramentos).
- Dar sentido desde las celebraciones a todas las dimensiones de la vida personal y de Fraternidad.
- Aprender a vivir la dimensión lúdica y gratuita de la existencia humana.

DESARROLLO DE LA REUNIÓN

1. Oración e intenciones

Si el tema anterior nos invitaba a vivir el equipo como una pequeña comunidad eclesial unidos por nuestra fe y por el amor a Dios en Cristo el Señor, ahora este tema nos conduce a valorar los Sacramentos como fuente y meta de nuestra vida de fe y de nuestra militancia cristiana. La mejor forma de iniciar esta reunión no podría ser otra que orando. Podemos hacerlo recitando juntos una plegaria de alabanza, gratitud, esperanza.

Os proponemos ésta, que además nos ayuda a pedir a Dios la sabiduría que necesitamos para saber orar y celebrar la fe.

Enseñanos a orar

La oración de cada día dánosla hoy, Señor,
antes y después del pan.

La oración es un pan que sólo en ti se cuece.

Y no se gana con el sudor de la frente.

Nosotros no sabemos orar

y aún cuando oremos no sabemos si oramos.

Que nos mueva tu Espíritu como a hijos en busca del Padre
en el desamparo del desamor que nos deshumaniza.

Todo lo que nos impide ser hermanos
-todo no sólo los sentimientos del corazón,
ni sólo la injusticia estructural-,
todo lo que nos impide orar en espíritu y verdad.
Enséñanos a orar, Señor,
Para saber adorar y sabernos dar,
Para sabernos perdonados y saber perdonar.
Para saber qué hacer al saber que millones de hambrientos
-carne de nuestra carne y espíritu de tu Espíritu,
hijos de Dios, nuestros hermanos-
hambread el pan de cada día y mueren.

T. Cabestrero

2. Lectura del acta, revisión de compromisos, distribución de tareas para la reunión siguiente...

3. Lectura del Resumen del tema y comentarios:

Celebrar la Fe es un encuentro con Dios, experiencia de lo que vivimos y un estímulo para la vida.

La Celebración en la vida cristiana es una necesidad para nosotros. Necesitamos celebrar para potenciar entre nosotros la conciencia de pertenencia al grupo de creyentes, necesitamos celebrar para expresar nuestra interioridad, necesitamos celebrar para reafirmar nuestra esperanza.

Los Sacramentos. Sacramento quiere decir: una realidad sensible, visible, que oculta otra realidad invisible. Los Sacramentos son los Signos de la fe cristiana.

Jesús de Nazaret es el primer Sacramento del Padre. La Iglesia es Sacramento de Cristo. La sacramentalidad de la Iglesia se expresa en los Siete Sacramentos. En ellos, experimentamos la presencia y acción de Dios en los distintos momentos de nuestra existencia humana.

Bautismo. Nacemos a la vida nueva de la comunidad con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Nos incorporamos a la Iglesia de Jesús.

Eucaristía. Celebramos la presencia actual y real de Jesús en medio de nosotros. Hacemos memoria de la Muerte y Resurrección de Jesús.

Reconciliación (Penitencia). Celebramos desde la Fe la misericordia de Dios, nuestra sensibilidad frente al pecado y la injusticia, descubrimos la necesidad de conversión personal y de transformación de la sociedad.

Confirmación. Confirmamos la fe del bautismo y somos enviados por la Comunidad a par-

participar en la misión de la Iglesia: Evangelizar.

Matrimonio. Celebramos la plenitud del amor humano como don de Dios: es el mismo Dios el que ha hecho nacer en el hombre y la mujer el amor.

Sacerdocio. Celebramos la consagración especial de algunos hermanos nuestros elegidos para el servicio de la comunidad cristiana. Ellos se ocuparán de predicar el Evangelio, reunir a la Comunidad y renovar los gestos y palabras de Cristo en los Sacramentos.

Unción de enfermos. Celebramos la esperanza cristiana ante el dolor, la enfermedad y la muerte. La vida vencerá a la muerte.

El Sacramento de la Unción. Este sacramento viene al encuentro de la experiencia humana que hace de la Fraternidad un Movimiento de Apostolado Especializado: la enfermedad, limitación física, el sufrimiento y la muerte.

Distintas posibilidades que tiene el Sacramento de la Unción para la Fraternidad: signo de la acogida realista de la experiencia de la muerte, signo de la presencia salvadora de Dios, signo de nuestra unión con Cristo, signo de esperanza en la resurrección, signo de la autoridad y el protagonismo evangelizador de las personas con enfermedad o discapacidad, signo de una comunidad solidaria con los enfermos.

4. Puesta en común de la encuesta

5. Oración Final

Será bueno que ahora, al terminar esta encuesta, expresemos al Padre nuestros sentimientos de gratitud y alegría, por habernos ofrecido en Jesucristo un amplio abanico de signos visibles que actualizan su presencia viva en medio de nosotros, ofreciéndonos la oportunidad de alimentarnos de su cuerpo “*pan de vida*”, recibir el perdón, celebrar el inicio de la vida con amor, acercarnos a la enfermedad y la muerte con esperanza, confirmar nuestra fe, disponer de vocaciones consagradas y del ministerio sacerdotal... todos los Sacramentos son un regalo de su amor. Damos gracias a Dios por ellos.

Podemos concluir con la siguiente oración de alabanza y compromiso por la Eucaristía:

Amor consumado

Gustoso el partirse el pan sobre la mesa,

y una copa de vino que rebosa.

¿No os dais cuenta, mis amigos?

Mirad bien esa hogaza y esa copa,

les urge ser nuestro alimento.

No temen su sacrificio,

porque quieren ser para nosotros,

quieren ser nuestros,

quieren ser “*nosotros*”.

¿No os dais cuenta?

Benedicid a Dios por el pan y por el vino,
que nos regala para nuestra amistad y nuestra vida.

son fruto de la tierra madre,
pero son antes que nada
signos claros del amor del Padre.

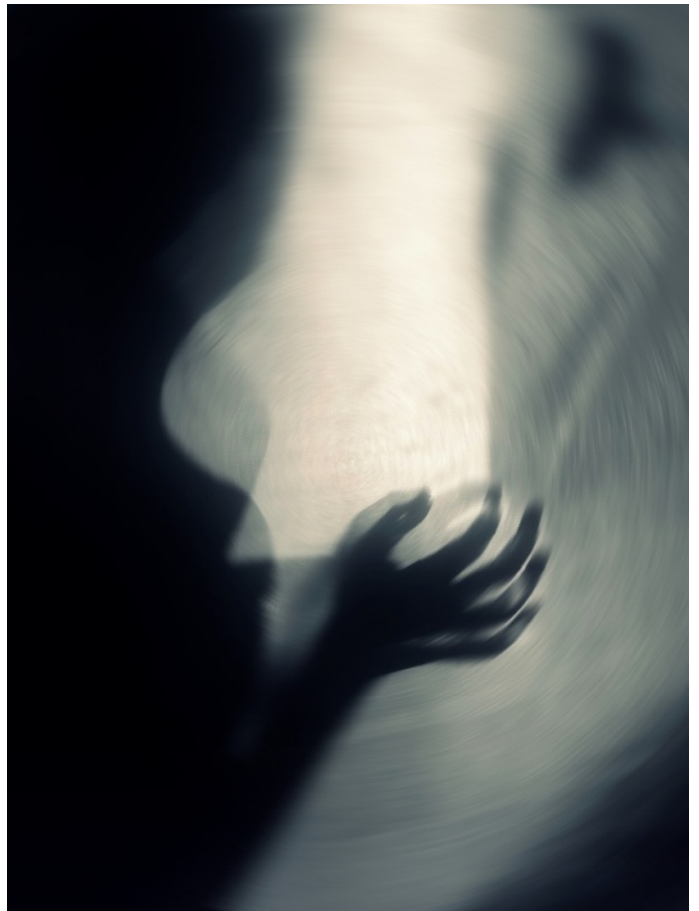
¿No os dais cuenta?

Este pan pronto a partirse,
esta copa rebosante, soy yo mismo.
Mi cuerpo va a romperse
y mi sangre va a verterse por vosotros.

Quiero ser vuestro alimento,
vuestra fuerza y alegría.

Y quiero ser vuestro lazo de unión,
en mí todos solidarios,
lo múltiple en lo UNO,
común-uniión de bienes y de afectos,
la plenitud del amor,
no el amor consumido
sino el amor consumado.

6. Avisos, ruegos y preguntas



CELEBRACIÓN DE LA VIDA. LOS SACRAMENTOS

1. CELEBRAR LA FE

Para intentar descubrir, valorar y potenciar entre nosotros la importancia de celebrar la fe, partiremos de unas ideas sobre lo que entendemos cuando hablamos de celebraciones cristianas. Toda celebración cristiana es un encuentro con Dios, expresión de lo que vivimos y estímulo para nuestra vida personal y cristiana.

Un encuentro con Dios

“La celebración, en primer lugar, y fundamentalmente, es una experiencia vital, un encuentro con el sentido definitivo” (L. Boff, Los Sacramentos de la vida).

Toda celebración cristiana es un Encuentro privilegiado con Dios (Oración): celebramos que Dios es nuestro Padre, nuestro amigo, nuestro compañero, nuestra Vida:

“En todo hombre existe una parte de soledad que ninguna intimidad humana puede llenar: ahí sale Dios a nuestro encuentro. Y ahí, en esas profundidades, se sitúa la fiesta íntima de Cristo Resucitado. Y en esa concavidad de nuestra persona descubrimos a Cristo resucitado. Él es nuestra fiesta” (Roger Schutz, Que la fiesta no tenga fin).

Así lo experimentaron los discípulos de Jesús:

“Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mt.18, 20).

“¿No ardían nuestros corazones mientras, por el camino, nos explicaba las escrituras?”. (Lc. 24, 32).

Sin este Encuentro, la vida del creyente carece de sentido y nuestro corazón se queda vacío. Necesitamos la celebración para respirar el aire de Dios, su Palabra, su Amor.

Experiencia de lo que vivimos

La Celebración es un elemento unificador, que da coherencia a la vida. Necesitamos celebrar lo que vivimos, y vivir lo que celebramos. Si no fuera así, la celebración quedaría en el terreno de lo meramente lúdico, teatral.

La Celebración ha de ser, pues, expresión de lo que vivimos, expresión del seguimiento sistemático de Jesús; un seguimiento que expresa nuestra vinculación a la vida, nuestro compromiso por ella. Lo que Celebramos requiere, necesariamente, autenticidad, es decir: vivirlo. Sólo así, la celebración de la fe se convierte en signo luminoso de la presencia liberadora de Dios en nuestra historia, de nuestra victoria definitiva sobre el dolor, el sufrimiento y la muerte.

Estímulo para la vida

Si no queremos reducir la celebración a una expresión momentánea, sin trascendencia y correr con ello el peligro de utilizarla como un sedante, toda celebración debe devolvernos a la vida, con más fuerza, con mayor impulso para seguir construyendo el Reino de Dios:

“La Palabra de Dios fue vida antes de ser palabra escrita. Fue palabra eficaz, que no regresó a Dios antes de empapar la tierra y realizar su encargo”. (B. González Buelta, Bajar al encuentro con Dios).

Sin la vida, la celebración es incluso peligrosa, no es cristiana, nos separa de la realidad, nos aleja de los otros... Cuando las celebraciones cristianas están animadas por el Espíritu de Jesús, cuando son vivas y expresan la vida... sólo entonces no son una evasión.

“Los dioses idolátricos de este mundo están arriba, y buscan adoradores, seguidores ciegos de sus ideas, adictos consumidores de sus productos... Para encontrarnos hoy con Dios tenemos que mirar hacia abajo, y dirigir hasta allí nuestros pasos y nuestro compromiso” (B. González Buelta).

“Toda celebración, cuando es auténtica, se convierte para el creyente en una fuente de vida inagotable: llega hasta nosotros como el pan caliente de cada jornada, como el maná que hay que recibirlo cada día” (González Buelta).

2. LA CELEBRACIÓN EN LA VIDA CRISTIANA ES UNA NECESIDAD

Necesitamos celebrar como personas y como cristianos. Celebrar es para la vida cristiana un momento humanamente necesario y un elemento pedagógicamente importante. Ya hemos dicho que lo que celebramos en la vida cristiana es siempre la intervención de Dios en la historia de los hombres, su presencia liberadora y salvífica: celebramos el diario acontecer del amor de Dios.

Veamos, ahora, cómo esto es una necesidad vital para todos los creyentes en general y para cada uno de los que vivimos la Fe desde la Fraternidad:

Necesitamos celebrar para potenciar entre nosotros la conciencia de pertenencia al grupo de creyentes

El ser humano es un *“ser social”*, necesita del otro para poder ser. Sin relación interpersonal, desde la soledad y el aislamiento, el hombre no puede realizar su propia vida personal, necesita de los otros. La fiesta y la celebración son expresiones que refuerzan la conciencia de grupo. Nos hacen ver que no somos individuos aislados sino miembros de un pueblo, de una comunidad: no somos huérfanos sino hijos, no estamos solos sino con hermanos.

En cada celebración compartimos nuestras experiencias (gozos y sufrimientos), valoramos lo positivo y lo negativo, reafirmamos nuestro compromiso, nos sentimos más grupo, más Iglesia. En la Fraternidad, las celebraciones van consolidando nuestra vida comunitaria, avivan nuestra conciencia de hermanos, potencian nuestra experiencia de equipo, nos animan a caminar juntos y estimulan el seguimiento comunitario de Jesús.

Necesitamos celebrar para expresar nuestra interioridad

La Celebración forma parte de la dimensión más simbólica de la vida: expresa, a través de unas prácticas y símbolos, el sentido salvífico de las experiencias humanas fundamentales.

Oración, fiesta, celebración... son experiencias muy próximas, y tienen algo en común, se intercomunican. Todas estas realidades forman parte de lo gratuito, de lo que aparentemente no

sirve, es inútil, no es productivo... sin embargo, todas ellas surgen espontáneamente del corazón del hombre que ama y confía en Dios.

La Celebración es un espacio de gratuidad donde predominan el desinterés, el compartir, la fraternidad...

“Celebramos la cena eucarística, no para matar el hambre, sino para festejar y hacer presente la cena del Señor. La acción de comer para matar el hambre y la de celebrar la última cena, son la misma. La acción cotidiana de comer es portadora de una significación diferente y simbólica” (L. Boff).

Las celebraciones nos permiten comunicar a otros nuestras experiencias, nuestros sentimientos, manifestar nuestra Fe... la celebración, a través de gestos simbólicos, nos ayuda a expresar libre y espontáneamente nuestra interioridad: *“El hombre posee esta cualidad extraordinaria: la de poder hacer de un objeto un símbolo y de una acción un rito”* (L. Boff).

Necesitamos celebrar para reafirmar nuestra esperanza

Toda celebración cristiana es, por sí misma, un rechazo del pecado, una protesta y denuncia, la afirmación de una sociedad más justa, más solidaria:

“La celebración toca de lleno las experiencias humanas, las dramatiza, subraya de modo simbólico los principales rasgos..., profundiza significados, provoca la vivencia en cada situación personal y recibe la iluminación cristiana para transmitirla como una realidad de esperanza.” (José M^a Martínez. *Diez celebraciones festivas*).

En cada celebración la comunidad cristiana está deseando, denunciando y potenciando (cuando es auténtica) una sociedad fraterna, movida, no por el egoísmo, sino por la aceptación y la estima mutua, por la solidaridad y por la justicia:

“Salvación, esperanza, amistad, fe... tienen un componente común en la alegría y en el gozo de los salvados, esperanzados amigos creyentes... Toda nuestra realidad ha sido transformada, por la fe en Jesús, signo de fiesta. Cuando recordamos lo negativo, la limitación, el pecado, es para celebrar su contrario -la esperanza, el perdón, la alegría de la salvación-” (José M^a Martínez).

3. LOS SACRAMENTOS: SIGNOS DE LA VIDA CRISTIANA

En sentido amplio, todo sacramento es un signo visible que a través de palabras, gestos o acciones, realiza o hace presente una realidad invisible. Así, podemos decir que la vida humana está llena de *“sacramentos”*: un beso, un anillo, unas flores, un saludo, un regalo... expresan realidades invisibles, profundas, misteriosas. Son muy numerosos los objetos, las palabras, los gestos, acciones, actitudes, acontecimientos, experiencias... que en sí mismas pueden ser irrelevantes, pero que simbólicamente están llenas de contenido por lo que significan.

Para el creyente, esta dimensión sacramental de la realidad humana adquiere, si cabe, una importancia mayor, ya que estas mismas cosas son *“signos”* de la presencia de Dios en la historia: *“En relación con Dios nada está vacío, todo es signo suyo”* (San Ireneo, Siglo III). La Sagrada Escritura está llena de ejemplos de esta dimensión sacramental de la vida; en ella, las personas, los acontecimientos y las cosas no valen sólo por lo que son en sí mismas, sino sobre todo por

el significado que tienen: a través de ellas se comunican Dios y el hombre.

En sentido cristiano, los Sacramentos son símbolos de liberación: acciones –gestos, palabras y cosas- a través de los que la Iglesia significa y realiza la acción salvadora de Jesús. Así, por ejemplo, en el Bautismo, por el signo del agua (realidad material, visible) la Iglesia celebra la nueva vida que nace en el creyente como hijo de Dios, la destrucción del pecado, la libertad de los hijos de Dios.

Veamos ahora cuál es el sentido de los Sacramentos de la Iglesia, su vinculación a Jesucristo y su misión salvadora:

JESÚS DE NAZARET ES EL PRIMER SACRAMENTO DEL PADRE

Según los Evangelios, Jesús, lógicamente, es el primer Sacramento: Él es signo y realidad de Dios entre nosotros. Su persona es el mismo Dios encarnado para la salvación del mundo entero. Su vida y sus palabras son un signo visible (histórico) del mayor de los contactos de la humanidad con Dios (realidad invisible, trascendente)

“Con tanto tiempo como llevo con vosotros, ¿Todavía no me conoces, Felipe? Quien me ve a mí está viendo al Padre” (Jn. 14, 9).

LA IGLESIA ES SACRAMENTO DE CRISTO

La Iglesia es también un Sacramento. Sacramento de salvación la llama el Concilio Vaticano II ya que ella es el espacio en el que hoy se realiza la acción de Cristo en la historia.: *“Porque Cristo, levantado sobre la tierra, atrajo hacia sí a todos; habiendo resucitado de entre los muertos, envió sobre los discípulos a su Espíritu vivificador, y por Él hizo a su Cuerpo, que es la Iglesia, sacramento universal de salvación”* (L.G. 48)

Como Cuerpo de Cristo, ella se convierte en signo visible de la presencia de Jesús entre los hombres:

“Todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, hemos sido bautizados en un mismo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Pues bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo y cada uno es un miembro” (I Cor. 12, 12-13.27).

LOS SIETE SACRAMENTOS DE LA IGLESIA

La Iglesia expresa su sacramentalidad a través de unos signos extraordinarios por medio de los cuales hace llegar a los hombres la acción de Dios. Estos son los Siete Sacramentos.

Aunque es cierto que Dios llega hasta los hombres a través de otros muchos medios, y que desborda siempre los límites de la Iglesia y de sus Sacramentos, nosotros, los creyentes, por la Fe y por la experiencia de la propia vida cristiana, personal y comunitaria, creemos y valoramos estos siete Sacramentos como cauces desde los que Dios se hace presente en nuestra vida y en la historia entera de una forma privilegiada y distinta.

Ya hemos visto cómo las personas, por nuestra propia realidad y modo de ser, tenemos la necesidad de comunicar a los demás nuestras experiencias y momentos importantes de la vida. Y lo hacemos a través de signos y símbolos que los expresan: beso-amor, saludo-

amistad, sonrisa-alegría... De la misma manera, en la vida de los cristianos, tienen lugar una serie de experiencias tan profundas e intensas que no hay otra forma de expresarlas más que utilizando los símbolos, los Sacramentos.

Los Sacramentos no son ritos vacíos, costumbres o leyes que nos obligan; no son tampoco simples prácticas religiosas, ni signos individuales, son expresión de la Fe de la comunidad cristiana y tienen una dimensión social irrenunciable. Los Sacramentos, celebrados en la Fe de la Iglesia, son símbolos de liberación y animan nuestro compromiso. Son la expresión de nuestro encuentro con Jesús y a través de Él con el Dios Padre que nos muestra su amor sin límites, de modo gratuito. En ellos Cristo sale a nuestro encuentro en medio de las situaciones y acontecimientos de la vida.

Los sacramentos de la Iglesia se distinguen en sacramentos de la iniciación cristiana (Bautismo, Confirmación y Eucaristía); sacramentos de la curación (Penitencia y Unción de los enfermos); y sacramentos al servicio de la comunión y de la misión (Orden y Matrimonio). Todos corresponden a momentos importantes de la vida cristiana, y están ordenados a la Eucaristía *“como a su fin específico”* (Santo Tomás de Aquino, Catecismo Iglesia Católica, N° 250)

Vamos ahora a realizar un rápido acercamiento al significado de cada uno de los siete Sacramentos de la Iglesia, y los gestos o señales que hacen presente ese encuentro con Dios. Será como hacer un repaso de las diferentes etapas de la vida y lo que en cada momento celebramos al participar de alguno de los sacramentos cristianos.

Tal como los celebramos ahora en nuestras parroquias y Movimientos, nos ayudan a celebrar los grandes momentos de nuestra vida, desde la Fe, sintiendo en ella la presencia liberadora del amor de Dios que sale a nuestro encuentro puntualmente, progresivamente, una y otra vez a lo largo de toda nuestra vida, llenándola de sentido y empujándola hacia la plenitud. Los Sacramentos son el *“signo visible”* de esa presencia misteriosa, extraordinaria de Dios.

DESDE MUY PEQUEÑOS al nacer se nos regala la VIDA, el don más grande. La vida es un milagro permanente. En la familia la vida se recibe, se crea y se cultiva. Nacer es integrarse en la corriente del SER, en el dinamismo de la historia. La tradición de la Iglesia, al realizar el Bautismo de los recién nacidos, nos ayuda a celebrar este momento inicial de la vida.

BAUTISMO

Celebramos nuestro nacimiento a la fe en Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Nos incorporamos a la Comunidad/Familia de los que aquí en la tierra queremos vivir como Hijos de Dios, la Iglesia.

- Salir del agua: renacer a la Vida Nueva.
- Ungir con el óleo de los catecúmenos: fortalecer nuestra vida para la lucha.
- Ungir con el Crisma: nos consagramos a Cristo le pertenecemos a Él, participamos de su misión liberadora.

- La Luz (Cirio pascual): Cristo va a ser la Luz de nuestra vida, el que le da sentido y la conduce. Nosotros seremos luz para los demás.
- Renunciamos al pecado: nos comprometemos a vivir alejados de todo lo que nos aparta del Evangelio.
- Confesamos nuestra fe: damos un sí definitivo al Dios de Jesucristo, a la fe de la Iglesia.

DE NIÑOS comenzamos a **VIVIR** las primeras experiencias. Descubrimos el mundo y nos encontramos con las personas: padres y hermanos, amigos... la humanidad entera. Comienza nuestro tiempo.

Con la celebración de la Eucaristía, y el sacramento de la Reconciliación, la Iglesia nos incorpora a la vida activa de la fe.

Los Sacramentos los iremos celebrando a partir de ahora, a lo largo de toda la vida, con la comunidad eclesial.

EUCARISTÍA

Celebramos la presencia actual y real de Jesús en medio de nosotros. Hacemos memoria de la Muerte y Resurrección de Jesús.

Pan y Vino: Cuerpo y Sangre de Jesucristo que se entrega a nosotros. Alimento de nuestra Fe.

“Haced esto en memoria mía”: como Él, nosotros demos dar la vida por los demás.

En la Eucaristía nos encontramos con la comunidad, alimentamos juntos nuestra Fe, con el pan de la Palabra y con el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

RECONCILIACIÓN (PENITENCIA)

Celebramos desde la Fe la misericordia de Dios, nuestra sensibilidad frente al pecado y la injusticia, descubrimos la necesidad de conversión personal y de transformación de la sociedad.

Confesión de los pecados: gesto de exteriorizar nuestra condición y conciencia de ser pecadores. Queremos convertirnos, cambiar nuestra vida.

Absolución: el sacerdote nos acoge y absuelve expresando con ello la misericordia de Dios que nos perdona siempre.

Ya de ADOLESCENTES nos vamos abriendo a la vida, nuevos conocimientos y descubrimientos, nuevas sentimientos, sensaciones y experiencias...

“Hoy me he encontrado en las manos:

nueva vida, nuevo tiempo,

nueva lluvia, nuevo sol...

*para escuchar, compartiendo,
alegrías y dolor“.*

En este momento de crecimiento y descubrimiento personal está situada hoy, en la mayoría de las parroquias, la práctica de este sacramento de la Iniciación Cristiana. Aunque la tendencia es la de ir celebrándolo un poco más adelante, siendo **JÓVENES**, por el carácter de “*opción personal*” de la fe, que conlleva.

La vida y el tiempo nos hacen nuevos regalos: la libertad y el amor. En nuestras manos está caminar hacia la realización personal, auténticamente humana, plena y feliz. El amor da sentido a la vida.

CONFIRMACIÓN

Confirmamos la fe del bautismo y somos enviados por la Comunidad a participar en la misión de la Iglesia: Evangelizar.

Renovamos las Promesas del Bautismo: hacemos propia y personal la fe que recibimos de nuestros padres.

Imposición de las manos: con ella manos recibimos el Espíritu Santo, signo de bendición para la misión; seremos desde ahora, testigos de la fe.

“*La Paz sea contigo*”: una palabra de aliento y felicitación. Este el saludo de Jesús Resucitado.

Ungidos con el Crisma: nos consagramos a Cristo le pertenecemos a Él, participamos de su misión liberadora.

Como **ADULTOS**, tras alcanzar la plenitud vital, la vida permanece desarrollándose en nosotros: Serenidad y equilibrio, convivencia y trabajo, familia y futuro. Dos Sacramentos expresan y celebran estos acontecimientos, según la vocación de cada cual. Al final, cuando vaya concluyendo la aventura de la vida, nos enfrentaremos con dignidad a la enfermedad y la muerte, fortalecidos por el Sacramento de la Unción de Enfermos.

MATRIMONIO

Celebramos la plenitud del amor humano como don de Dios: es el mismo Dios el que ha hecho nacer en el hombre y la mujer el amor.

- Consentimiento: compromiso de amarse para siempre y sin condiciones. Signo del amor que Dios nos tiene, sin límites.
- Anillos: signo de fidelidad y unidad entre los esposos.
- Arras: signo de bendición (Dios nos ha dado todo) y de compartir (poner en común lo que podamos tener).

SACERDOCIO

Celebramos la consagración especial de algunos hermanos nuestros elegidos para el servicio de la comunidad cristiana. Ellos se ocuparán de predicar el Evangelio, reunir a la Comunidad y renovar los gestos y palabras de Cristo en los Sacramentos.

- Imposición de las manos: transmisión del Espíritu Santo para la misión.
- Unción con el Crisma: se ungen las manos del sacerdote, significamos su pertenencia a Cristo, una consagración especial al servicio de la Comunidad.

UNCIÓN DE ENFERMOS

Celebramos la esperanza cristiana ante el dolor, la enfermedad y la muerte. La vida vencerá a la muerte.

Unción con el óleo: fortalecer nuestra vida ante la limitación y el dolor. Dios está con nosotros.

Oración por el enfermo: la comunidad cristiana comparte la situación del hermano enfermo, se compromete a acompañarle, solidaria y fraternalmente.

4. EL SACRAMENTO DE LA UNCIÓN, UN SACRAMENTO PARA LA ENFERMEDAD

Bien merece la pena dedicar un apartado especial en este tema, al Sacramento de la Unción. Éste viene al encuentro de la experiencia humana que hace de la Fraternidad un Movimiento de Apostolado Especializado: la enfermedad, limitación física, el sufrimiento y la muerte.

La Fraternidad debe acercarse a este signo de la presencia liberadora de Dios en la enfermedad, no sólo con la preocupación de que sus miembros lo celebren con esperanza, personalmente si llega el momento o solidariamente con otros hermanos; sino también como tarea y compromiso.

Hemos de ser protagonistas activos, en el seno de la comunidad cristiana, de una celebración, de este sacramento en particular, esperanzadora, alejada de fórmulas y ritos excesivamente “*sacralizados*”, mágicos o pseudo-cristianos, que en lugar de animar a vivir la enfermedad con dignidad y esperanza, conduzca al enfermo hacia la resignación pasiva o el fatalismo. Tenemos la responsabilidad evangelizadora de llevar a la práctica sacramental su verdadero sentido liberador, de compromiso por la vida, preparando nuestro corazón para el encuentro definitivo con Dios, desde la serenidad y la esperanza.

La simbología bíblica en torno al “*aceite*” y la “*unción*”, por su riqueza y significado, pueden ayudarnos a profundizar en el sentido y la riqueza pastoral que puede tener la celebración de este sacramento, especialmente para nosotros, creyentes, personas con enfermedad o discapacidad, comprometidas en la promoción personal y la integración social de las personas con limitación física o con enfermedad.

Signo de la acogida realista de la experiencia de la muerte

Este signo sacramental ayuda a los creyentes a aceptar con dignidad la fragilidad de la vida humana, aceptando la muerte sin temor, sin ocultación ni complejos, sin resentimiento.

El aceite, con el que se unge al enfermo, simboliza y expresa la actitud cristiana de la conversión, estar vigilantes, atentos para seguir adelante... Este es el sentido que encontramos en la parábola de las vírgenes sensatas y las vírgenes necias (Mt. 25, 1-3).

Celebrando la Unción nos preparamos, pues, para el encuentro definitivo con Dios, para enfrentarnos al dolor, a la enfermedad... Nos preparamos para dejar este mundo, para encontrarnos definitivamente con el Padre. Nos reconciliamos, perdonamos y nos sentimos perdonados. Oramos a Dios para que esté a nuestro lado.

Signo de la presencia salvadora de Dios

Es el Sacramento con el que la Iglesia celebra la presencia de Dios en un momento especialmente delicado de la experiencia humana: la enfermedad, la vejez, la proximidad de la muerte. Este Sacramento nos sale al encuentro en situación de enfermedad o en el inicio del natural proceso de decadencia física por la ancianidad: Dios nos ofrece su ayuda, su *"gracia"*, en momentos de limitación y debilidad, ante la impotencia... *"viene en nuestro auxilio"*. El Sacramento de la Unción nos ayuda a despertar el deseo de la cercanía de Dios, a buscar, en la oración, su ayuda:

"Sufre alguno de vosotros? Que ore..."

¿Está enfermo alguno entre vosotros? Llame a los presbíteros de la Iglesia, que oren sobre él y le unjan con óleo en el nombre del Señor. Y la oración de la fe salvará al enfermo, y el Señor hará que se levante, y si hubiera cometido pecados, le serán perdonados" (Sant. 5, 13-15).

Son muy numerosos los textos en los que la Sagrada Escritura hace referencia a la unción con óleo para expresar la alegría y la felicidad de sentirse elegido por Dios:

"Tu trono es de Dios para siempre jamás... Tú amas la justicia y odias la impiedad. Por eso Dios te ha ungido con el óleo de la alegría, más que a tus compañeros" (Sal. 45, 7-8 y también en Hb. 1,9; Is. 61,3; Prv. 27,9...).

La celebración de la Unción nos ayuda a acercarnos a la muerte con esperanza, con alegría interior, sintiéndonos *"ungidos"* por Dios, a su lado, evitando así el miedo, la tenebrosidad, el dramatismo masoquista, la falsa resignación, la amargura y la desesperación.

La unción con el Crisma (aceite perfumado y consagrado) con el que se unge al enfermo expresa la acogida y la amistad con Dios. Entre los ritos de acogida que existían entre los judíos en tiempos de Jesús figuraba la unción con aceite perfumado de los convidados, los forasteros, los amigos...

"No ungiste mi cabeza con aceite. Ella ha ungido mis pies con perfume" (Lc. 7, 46).

Celebramos la Unción para sentirnos plenamente acogidos por Dios, abrir nuestro corazón, enfermo o debilitado por los muchos años de vida, a la Esperanza de un encuentro amistoso con el Padre que nos sale al encuentro con los brazos abiertos.

Signo de nuestra unión con Cristo

Cristo es el UNGIDO del Señor, el Mesías libertador:

“El Espíritu del Señor está sobre mí porque me ha ungió... (Is. 59). Hoy se cumple esta escritura” (Mt. 15).

“Vosotros sabéis lo que pasó después del bautismo de Juan: cómo Dios, a Jesús de Nazaret le ungió con el Espíritu Santo y con poder...” (Hechos 10, 37-38).

Como en el Sacramento del Bautismo, al realizar la Unción del enfermo, éste queda vinculado a la vida de Cristo. Ungido para seguirle a Él, para vivir “sanos”, “curados”, “salvados”...

La Unción nos une a Cristo en su misión: mostrar al mundo el amor del Padre. La Unción nos une a Cristo en su destino: entrar en la comunión perfecta con Él, en la plenitud de los tiempos, en la Resurrección:

“Porque estoy convencido de que ni muerte ni vida, ni ángeles ni soberanías, ni lo presente ni lo futuro, ni poderes, ni alturas, ni abismos, ni ninguna otra criatura podrá privarnos de ese amor de Dios, presente en el Mesías Jesús, Señor nuestro” (Rom. 8, 38-39).

Signo de esperanza en la Resurrección

En la celebración del Sacramento confesamos nuestra Fe en el Dios de la Vida: que no quiere la destrucción de sus hijos, sino que viva. La Comunidad de creyentes se acerca al enfermo para decirle una palabra de esperanza: Jesús es vida.

El aceite figura en la Biblia entre aquellas cosas que simbolizan la eternidad, la luz que no se apaga, la vida que no se consume:

“Manda a los israelitas que traigan para el alumbrado aceite puro de oliva molida, para alimentar continuamente la llama” (Lev. 24, 2-3).

En este sentido, el Sacramento de la Unción nos introduce en la experiencia de la vida eterna, la continuidad de la vida más allá de la muerte: *“la vida de los que en ti creemos no se acaba, se transforma; y cuando se destruye nuestra morada terrenal adquirimos otra mansión eterna en el cielo”* (esto decimos en el prefacio I de la Eucaristía de difuntos). El amor del Padre, manifestado en Jesucristo, rompe la barrera de la muerte. En la Resurrección de Jesús, la vida ha triunfado definitivamente sobre la muerte.

Signo de la autoridad y el protagonismo evangelizador de las personas con enfermedad

La enfermedad no sólo no es un castigo, sino que iluminada por la Fe nos hace apóstoles, nos transforma en testigos del Dios vivo. En la tradición bíblica la Unción es signo de elección y misión; se unge a los reyes, se simbolizan con ella las riquezas y la autoridad:

“Pero tú alzas mi frente como la del búfalo, derramas sobre mí aceite nuevo” (Sal, 92,11).

“Enseñó a los enviados su cámara del tesoro, la plata, el oro, el aceite precioso, su arsenal y todo cuanto había en los tesoros” (2 Ry. 20, 13).

La enfermedad y la proximidad de la muerte pueden hacer del hombre un “experto”, una persona con autoridad: la celebración del Sacramento señala y dignifica al enfermo como lugar “autorizado” para expresar la experiencia de Dios desde el dolor y el sufrimiento. El hombre o la mujer

enferma pueden hablarnos con autoridad, su testimonio cristiano se convierte en lugar teológico donde escuchar a Dios, lugar donde descubrir el valor de la vida y el amor misterioso del Padre hacia todas sus criaturas, aún ante el aparente abandono...

En este sentido, podemos decir que el Sacramento de la Unción es el sacramento de la Fraternidad. En la Unción celebramos *“el protagonismo de la persona con enfermedad y discapacidad”* en la misión evangelizadora de la Iglesia. Celebramos la *“autoridad”*, la *“riqueza”* del testimonio en primera persona, cuando se trata de iluminar desde la Fe la experiencia de la fragilidad humana.

Esto autoriza a la Fraternidad Cristiana de Personas con Discapacidad a reivindicar su lugar en la Iglesia desde la responsabilidad, siendo su voz en el mundo de la enfermedad y la limitación física, como Movimiento Especializado. Celebramos la *“autoridad”*, el *“poder”*, la *“riqueza”* de la experiencia.

Signo de una comunidad solidaria con los enfermos

“¿Sufre un miembro? Todos los miembros sufren con él” (I Cor. 12,26).

Para que este Sacramento sea realmente un *“signo de fe”*, es necesario que el sentido expresado sea vida *“antes”* y *“fuera”* de la celebración. Se trata de expresar el cuidado respetuoso y solidario que la comunidad que celebra tiene habitualmente con sus hermanos enfermos, o debilitados por la vejez, o a las puertas de la muerte...

El masaje con un bálsamo medicinal, la fricción sobre el cuerpo de guerreros y atletas era una práctica muy antigua. El óleo penetra la piel, introduce en ella esencias capaces de aliviar el dolor, devolver al cuerpo la fuerza... El Buen Samaritano curó con vino y aceite las heridas del hombre que encontró malherido por los ladrones, al borde del camino (Lc.10, 34). Muchos textos confirman esta práctica curativa:

“Ungían con aceite a muchos enfermos y los curaban” (Mc. 6, 13).

La celebración del Sacramento será una buena ocasión para retomar la lucha contra la enfermedad y la muerte desde la práctica médica, la promoción personal y la integración social, la reivindicación del derecho de todos los enfermos a una asistencia sanitaria digna... El sacramento, si es verdadero signo de fe, será también una experiencia de transformación, de compromiso por la vida: nos lleva a potenciar un sistema sanitario más humano y eficaz, a procurar los cuidados necesarios, la lucha contra el dolor, la posibilidad de una muerte digna...

Este Sacramento de la enfermedad nos lleva a tomar en serio todo cuanto pueda desarrollar la vida en plenitud, hasta el final de sus días, más allá de cualquier circunstancia por pobre o frágil que esta sea.

La Fraternidad, pues, celebrando el Sacramento de la Unción con esperanza y asumiendo su responsabilidad evangelizadora, se convierte a sí misma en *“signo visible”* de esa comunidad solidaria que ha de ser toda la Iglesia.



ENCUESTA SIMPLE

VER

Mira con sinceridad tu experiencia personal y la de tus compañeros y compañeras de la Frater y trata de descubrir hechos concretos que pongan de manifiesto la importancia y el sentido que tiene para ti y para ellos y ellas la celebración de la fe en el seno de la Comunidad eclesial y si participan o no en la celebración de los Sacramentos.

Intenta analizar también, a través de hechos concretos, lo que se piensa y se siente sobre la vivencia de la fe en los ambientes donde estamos trabajando como Fraternidad Cristiana junto a otras asociaciones, organizaciones e instituciones sociales que no comparten nuestra fe.

JUZGAR

El mismo Cristo ha querido dejar en su Iglesia unos Sacramentos (signos de su presencia y de su amor) para ayudarnos a vivir de un modo positivo y esperanzador todas las realidades (nacer y vivir, amar y ser amado, compartir, enfermar y morir, servir...). Es importante descubrir por nosotros mismos lo bueno y enriquecedor que puede ser incorporar en nuestra vida, decididamente, esta dimensión de la existencia cristiana.

Juan 3, 5-8, aquí descubrirás la necesidad de estar atento a “un nuevo nacimiento” que ha de ir produciéndose en la vida del creyente, cada día, cada instante... hasta sentir a Dios en lo más profundo de nuestro ser.

Romanos 8, 9-11.15-17, nos invita a sentir la presencia del Espíritu en nuestra vida, a reconocernos coherederos de Cristo, hijos de un mismo Padre. Los Sacramentos son instrumentos, signos, experiencias... que nos ayudan a descubrir y celebrar esas dimensiones fundamentales de nuestra relación con Dios y sentir su fuerza vivificante y transformadora en lo más íntimo de nosotros mismos.

Los primeros cristianos, bautizados en el espíritu (Hechos 1, 3-8) eran constantes en escuchar la palabra y en la celebración de la fe juntos: Hechos 2, 41-47. Repasando la historia de los orígenes del cristianismo que nos cuenta el Libro de los Hechos de los Apóstoles en esos textos: ¿Cuál ha de ser la actitud correcta respecto a la celebración de la fe entre nosotros los hermanos? ¿Por qué? ¿Qué aspectos de nuestro Movimiento debemos potenciar en nuestra práctica de los Sacramentos?

ACTUAR

Concreta un plan y un compromiso para incorporar a tu vida la práctica que de los Sacramentos corresponde a un militante cristiano.

¿Qué puede hacer cada uno de los miembros del equipo para ayudar a los demás a ir avanzando

en la vivencia y la celebración de los Sacramentos? ¿Qué puede hacer nuestro equipo para ayudar a toda la Fraternidad en la conciencia, la vivencia y la práctica de los Sacramentos? Concreta un plan y un compromiso para avanzar como equipo y como Movimiento.





ENCUESTA SISTEMÁTICA

La introducción de este tema nos ha ayudado a profundizar en la importancia de los Sacramentos para nuestra vida y cómo la participación permanente y activa en ellos ha de ser tomada muy en serio por todos y cada uno de nosotros si queremos ser fieles a Cristo, a la Iglesia y a la misma Fraternidad.

Vamos, pues a compartir esta encuesta con verdadero interés y afán de superación en nuestra forma de celebrar la fe con la Iglesia.

VER

V.1.

Una cosa es saber la teoría y otra muy distinta vivir la experiencia de cada Sacramento en profundidad, participando activamente, sin excusas ni complejos, alegres y esperanzados, unidos a toda la Comunidad eclesial.

En este primer momento intentaremos ver si cada uno de nosotros hemos descubierto práctica y vitalmente la necesidad y el sentido de celebrar nuestra fe -muy especialmente en la Eucaristía de cada domingo y en el Sacramento de la Reconciliación: ambos son los instrumentos que alimentan nuestra fe cada día, nos hacen tomar conciencia de nuestro pecado y nos reconcilian con Dios y con los hermanos-. Vamos, pues, a descubrir qué experiencia personal tenemos cada uno de la importancia y necesidad de los Sacramentos en nuestra vida como personas creyentes y como militantes de Frater.

Son muchos los que se dicen y consideran creyentes y al mismo tiempo, acogiéndose a mil y una razones, viven su pertenencia a los Movimientos sin apenas celebrar la Eucaristía, sin necesidad de reconocerse pecadores ni recibir el perdón, refugiados en su pequeño grupo sin participar de la vida y la celebración de la fe con la Comunidad parroquial. Es posible que muchas de estas razones sean efectivamente razonables, ciertas, importantes... pero no justifican, en absoluto, esa privación de experiencias fundamentales de la fe, de su fuerza transformadora y de sus consecuencias.

Mira con sinceridad tu experiencia personal y trata de descubrir hechos concretos que pongan de manifiesto la importancia que tiene para ti la celebración de la fe en el seno de la Comunidad eclesial y si participas o no en la celebración de los Sacramentos.

Señala uno de esos hechos para la reunión de equipo. Lo más importante habrá sido nuestra revisión y reflexión personal y su concreción en hechos, sólo así tiene sentido ahora poner en común alguno de ellos con nuestros compañeros de equipo.

V.2.

De momento hemos tomado conciencia de la realidad y de la importancia que damos en nuestra vida personal a la celebración de los Sacramentos, ahora vamos a fijarnos en la realidad de nuestro ambiente más próximo: la Frater.

En no pocas ocasiones valoramos mucho las acciones y los compromisos, las actividades del Movimiento y olvidamos la importancia de alimentar nuestro interior y vivenciar la comunión entre nosotros y con la Iglesia entera. Muchas veces, así, dejamos de celebrar las verdaderas motivaciones y la fuerza que nos mantiene vivos, activos y comprometidos en la lucha por la dignidad de las personas y la transformación de la sociedad.

Este segundo ver es muy importante para la Frater. Se trata de reflejar en él lo que se piensa en nuestro ambiente de enfermedad y discapacidad acerca de la presencia de Dios en el mundo, en el dolor y el sufrimiento, en el deseo de vivir superando dificultades, potenciando nuestras capacidades... y que esta reflexión nos ayude a descubrir en los Sacramentos de Cristo la fuerza que nos alimenta y que sostiene nuestros compromisos.

Intentaremos reflejar -en este segundo ver- la manera, más frecuente, de entender y de practicar la celebración de los Sacramentos en general y particularmente de cada uno de ellos.

Descubre un hecho que ponga de manifiesto –con claridad- cuál es entre nosotros la manera de pensar y cómo es la práctica de nuestras celebraciones de la fe juntos, como Iglesia. Un hecho que refleje cómo se produce, en la práctica, nuestra relación con los Sacramentos.

V.3.

La opinión más generalizada frente a las necesidades de las personas consiste en pensar que lo importante es la acción y el compromiso, que la verdadera fe consiste en actuar, dar la vida, ser generosos... Lo importante es el trabajo y la lucha de cada día para suprimir la injusticia y la marginación de los más pobres. La oración, la celebración de la fe es algo personal, íntimo... que a unos les va y a otros no, que muchas veces sirve para evadirse en espiritualidades desencarnadas, sentirse mejor que los demás, juzgar a los otros...

Los militantes fraternos sabemos que ambas cosas van unidas: oración/vida, celebración/compromiso. Sin una vida interior llena del espíritu, agradecida y esperanzada no es posible superar el egoísmo, ni las propias limitaciones. Sabemos muy bien que necesitamos del encuentro personal con Dios, alimentarnos con su Palabra, con su Cuerpo y Sangre, con su fuerza y con el apoyo de los hermanos.

Este momento lo dedicaremos a descubrir qué se piensa en nuestros ambientes –especialmente entre las personas con discapacidad y con enfermedades importantes- acerca de aquellos que, como nosotros, viven y proponen una forma de luchar contra la injusticia desde una actitud de fe, desde el amor y la reconciliación, la gratuidad... ¿Se piensa que la fe y las prácticas religiosas ayudan a conseguir los objetivos de promoción de las personas y la transformación de la sociedad o más bien se ven como una dificultad?

Partiendo de la reflexión sobre el interrogante anterior intenta reflejar un hecho vivido por ti que nos ayude a ver lo que se piensa y se siente sobre la vivencia de la fe en los ambientes donde estamos trabajando como Fraternidad Cristiana junto a otras asociaciones, instituciones sociales que no comparten nuestra fe.

JUZGAR

J.1.

Hemos de ir alimentando nuestra vida interior y celebrar la fe cada vez con más fuerza y más profundamente.

El mismo Cristo ha querido dejar, en su Iglesia unos Sacramentos (signos de su presencia y de su amor) para ayudarnos a vivir de un modo positivo y esperanzador todas las realidades (nacer y vivir, amar y ser amado, compartir, enfermar y morir, servir...). Es importante descubrir por nosotros mismos lo bueno y enriquecedor que puede ser incorporar en nuestra vida, decididamente, esta dimensión de la existencia cristiana.

Vamos a recurrir, una vez más, a la Palabra de Dios, dejando que nos hable al corazón y guíe nuestra reflexión. Lee detenidamente los siguientes textos, déjate inundar por su mensaje, medítalos en tu corazón: Juan 3, 5-8, aquí descubrirás la necesidad de estar atento a “un nuevo nacimiento” que ha de ir produciéndose en la vida del creyente, cada día, cada instante... hasta sentir a Dios en lo más profundo de nuestro ser. Romanos 8, 9-11.15-17, nos invita a sentir la presencia del Espíritu en nuestra vida, a reconocernos coherederos de Cristo, hijos de un mismo Padre. Los Sacramentos son instrumentos, signos, experiencias... que nos ayudan a descubrir y celebrar esas dimensiones fundamentales de nuestra relación con Dios y sentir su fuerza vivificante y transformadora en lo más íntimo de nosotros mismos.

A la luz de lo que me ha comunicado la Palabra de Dios en estos textos ¿Qué actitud con respecto a los Sacramentos ha de acompañar a todo cristiano? ¿Qué práctica de los Sacramentos ha de tener todo aquel que se dice ser discípulo de Cristo? ¿Por qué?

Lo importante en este primer momento de nuestro juzgar es que cada uno de nosotros llegue a confrontar la realidad que descubrió en su relación personal con los Sacramentos (V.1.) con lo que nos dice ahora la Palabra de Dios acerca de esta dimensión fundamental de la fe y de la vida comunitaria. Si el resultado no es medianamente satisfactorio y coherente con nuestra militancia cristiana, será necesario introducir algunos cambios que concretaremos de forma realista en el actuar.

J.2.

A lo largo de todo el proceso de Formación, desde nuestra incorporación a la Frater hemos ido manifestando nuestro deseo de ir construyendo nuestra propia vida personal en la fe de la Iglesia.

Los primeros cristianos, bautizados en el espíritu Hechos 1, 3-8 eran constantes en escuchar la palabra y en la celebración de la fe juntos Hechos 41-47. Repasando la historia de los orígenes del cristianismo que nos cuenta el Libro de los Hechos de los Apóstoles en esos textos: ¿Cual

ha de ser la actitud correcta respecto a la celebración de la fe entre nosotros los fraternos? ¿Por qué? ¿Qué aspectos de nuestro Movimiento debemos potenciar en nuestra práctica de los Sacramentos? ¿Cómo celebrarlos para ser más coherentes con la fe de la Iglesia y sentirnos más unidos a toda la Comunidad?

La existencia de la misma Fraternidad deja de tener sentido sin esa vinculación a la fe de la comunidad eclesial en la práctica de los Sacramentos. Por mucho que nos cueste también en esto debemos intentar ser coherentes.

Necesitamos vivir celebrar con frecuencia y con intensidad los Sacramentos para incorporar a nuestra relación con los demás, en nuestra lucha de cada día, las actitudes de Cristo: amor, entrega, perdón sin límites... De lo contrario podemos caer en la tentación de menospreciar o incluso perseguir a los que no piensan como nosotros, responder con agresividad a la violencia de los demás, utilizar la fuerza, manipular... En los Sacramentos se esconde, -si los celebramos intensa y vitalmente- un fuerza humanizadora, imparabile, misteriosa y asombrosamente transformadora.

J.3

La práctica de los Sacramentos nos hace tomar conciencia de la presencia activa y dinámica de Dios en cada una de las etapas de nuestra vida, cada día, permanentemente. Su Espíritu nos sostiene, su propia vida nos alimenta, nos da fortaleza y coraje; tomamos conciencia de la presencia del pecado en nuestras vidas y en la historia y reconocemos la necesidad de perdón. Nos reúne, le bendecimos y agradecemos sus dones: la vida, el amor, la consagración, la misma fe...

¿Esta experiencia que vivimos los cristianos y celebramos en los Sacramentos tiene algo que ver con nuestras acciones a favor de las personas con discapacidad, con nuestra opción por los pobres? ¿Encontramos en Cristo la razón fundamental de todos y cada uno de nuestros compromisos a favor de la justicia, en la búsqueda de una sociedad mejor y más justa para todos? ¿Tiene nuestra fe y práctica de los Sacramentos algunas repercusiones en nuestro actuar?

Repasamos algunos textos sobre el Sacramento de la Eucaristía Mateo 26, 26-30 y la Reconciliación Mateo 18, 21-35. Leemos detenidamente los textos y reflexionamos a la luz de su contenido: ¿Qué actitudes deberíamos mantener los creyentes hacia aquellas otras personas, grupos e instituciones que construyen la sociedad con otros criterios, pero desde el respeto a la dignidad y los derechos fundamentales de las personas? ¿Qué actitud mantener ante quienes defienden estructuras injustas y opresoras? ¿qué actitud frente a quienes anteponen sus propios intereses y privilegios al bien común y la promoción de los más desaventajados?

Haz un breve resumen de toda esta reflexión para la reunión con tu equipo.

ACTUAR

Conocemos sobradamente la importancia que tiene el actuar en cada encuesta para no quedarnos sólo en buenas intenciones y en palabras. Vamos a ello.

A.1.

Una vez más intentamos ahora ir incorporando a nuestra vida personal lo que hemos descubierto en el ver y en el juzgar: ¿cómo introducir en nuestro Proyecto personal de Vida Militante la conciencia y la práctica de los Sacramentos que nos propone hoy la Iglesia de la que formamos parte activa y responsable? ¿Qué puedes hacer para fortalecer la conciencia y el sentido cristiano de los Sacramentos en tu vida personal? Concreta un plan y un compromiso para incorporar a tu vida la práctica que de los Sacramentos corresponde a un militante cristiano.

La experiencia sacramental ha de ir siendo cada vez con mayor intensidad asumida y vivida por todos nosotros.

A.2.

Para renovar y dar un nuevo impulso a nuestra práctica sacramental, es posible que sea necesario aparcarse los prejuicios y hacer un esfuerzo por superar las experiencias negativas (rutina, clericalismo, sentimiento de culpabilidad, obligación, prohibiciones...). También será necesario realizar un esfuerzo por descubrir y acentuar los valores humanizadores que se encierran en cada uno de los Sacramentos (el valor de la vida humana, la reconciliación, el amor, el compartir, el servicio, la gratuidad y el agradecimiento, sentido del sufrimiento, la esperanza...). Todo ello nos ayudará a tomar decisiones concretas para revitalizar nuestras celebraciones de la fe y conseguir una mayor y más intensa participación activa en los Sacramentos de la Iglesia.

¿Qué puede hacer cada uno de los miembros del equipo para ayudar a los demás a ir avanzando en la vivencia y la celebración de los Sacramentos? ¿Qué puede hacer nuestro equipo para ayudar a toda la Fraternidad en la conciencia, la vivencia y la práctica de los Sacramentos? Concreta un plan y un compromiso para avanzar como equipo y como Movimiento.

A.3.

La introducción al tema nos ha ayudado a descubrir el sentido de cada uno de los Sacramentos y la necesidad de los mismos para nuestra vida personal y para la militancia cristiana. Ahora, al final de la Encuesta, debemos buscar los medios más convenientes para ir incorporando a nuestra vida esa visión de los Sacramentos, y lo que es más importante: llegar a la celebración de los mismos con fe, personal y comunitariamente, de forma activa y profunda. Eso es lo que intentamos ahora en este actuar.

Señala un plan y un compromiso que refleje lo que estás dispuesto a realizar para colaborar a que la celebración de la fe y la práctica de los Sacramentos sea -en tu vida, en el equipo, en la Frater y en la Iglesia- cada vez más intensa y coherente.

Se trata de comprometerte ahora a llevar a cabo alguna acción concreta que nos ayude a ir avanzando juntos cada vez más y mejor, sin falsos espiritualismos pero con verdadera comunión y celebración viva y constante de la fe de la Iglesia.

